

La decadencia del control social*

Colin Sumner

Institute of Criminology, University of Cambridge. Gran Bretaña

En un reciente ensayo, Massimo Pavarini alegó que la criminología está "actualmente enfrentando una crisis de identidad tan profunda que podemos albergar serias dudas acerca de su capacidad para sobrevivir tal como está constituida". Algunos dirían que no es tanto una crisis cuanto una condición normal y permanente de una ciencia moderna; no obstante, ésta no es una crisis normal sino una crisis aguda. Existen muchas razones que explican esta agudeza. Una de las más importantes es que la criminología es parte del movimiento del control social, un proyecto actualmente cuestionado. Consecuentemente, aunque severa, la crisis de la criminología es, por mucho, menos profunda que el fallecimiento de la visión y la realidad del control social. Además, la criminología sobrevivirá, a causa de sus fuertes conexiones con otra visión, aquella de la represión penal, la prevención del crimen y la administración estatal.

Si queremos sostener que la criminología tal como está constituida al presente es

Traducción: Rosana Abrutzky
Revisión: Máximo Sozzo

* Trabajo presentado en el Seminario "Social Control at the End of the Milenium", Universidad de Barcelona, Noviembre de 1993.

dudosa (e.g. Cohen, 1988; Smart, 1990), pero estamos interesados en alguna noción de sociedad y cualquier noción de ella, aún revisionista del socialismo, debemos mirar la defunción del proyecto del control social en Norteamérica y Europa del Norte, sus centros originales. No es solamente una preocupación metropolitana, del Norte, por las sociedades capitalistas "avanzadas", es un interés que penetra hasta el corazón de la sociología y del socialismo, porque en su apogeo el concepto de control social descansa en el centro de variantes claves de esas empresas. Las implicancias para "el Sur", simplemente, se basan en el hecho de que sus "modernizaciones" o democratizaciones nunca son "acciones reflejo" del desarrollo del Norte y, por consiguiente, siempre hay un potencial, por tenso que sea, de aprender de las fallas del Norte.

Como visión de una nueva sociedad - que eso es lo que era- el control social se encuentra ahora tan disgregado o desmantelado que raramente osa decir su nombre. Desde los '60, a menudo ha sido deconstruido, denunciado, resistido, desmitificado o interpretado como absolutamente inoperante. Una sombra fracturada de su ser originario, una colección desintegrada y dispar de desconectados destellos de períodos previos de vitalidad, el concepto de control social merece ir a un asilo de ancianos, pero el Estado no pagará la cuenta. Cuando el análisis de costo-beneficio gobierna en la comunidad hipotética e hipotérmica, los viejos conceptos socialdemócratas son dejados de lado, víctimas irónicas de la época del mercado-estado manejado fiscalmente, que deconstruye obsesivamente toda provisión social y, sin quererlo, reconstruyendo las condiciones sociales que dieron origen al primigenio concepto de control social.

La historia oficial en los tabloides dice que el control social fue asaltado tan violentamente por jóvenes, negros, marginales, que jamás *se* recuperó. Ha sido reemplazado por más prisiones, operaciones y tecnología de seguridad privada, y un estéril esfuerzo por ganar las próximas elecciones. Sus partidarios o sustentadores ideológicos, las ideologías de la socialdemocracia, el socialismo y la sociología, se anotaron pocos puntos en las encuestas de opinión contemporáneas. La palabra "social" se reserva para fiestas de los alcohólicos más que para un uso político, y aún inclusive los ideólogos de la ultraderecha sólo pueden soñar con tener bajo "control" la situación. La fantasía del "control" de los asuntos sociales ha sido reemplazada por la más modesta y más aún desesperada utopía de "management" de "espacios problemáticos". Tanto el control social como el estatismo son constantemente subvertidos por la subcontratación por parte de los "escuadrones del Estado-bombero" de entrenados contadores y experimentados managers para llevar adelante las funciones esenciales de control y prestación de servicios (en sentido amplio); esto es, cuando los funcionarios estatales son forzados a abandonar su negativa cotidiana sobre la existencia de problemas. Normalmente, los contadores y los equipos de relaciones públicas rechazan la realidad de los "problemas sociales" (otro viejo concepto muriendo a manos de la contabilidad), permitiendo al Estado-de-la-emergencia ser extremadamente efectivo en términos monetarios -solamente aparece para "distribuir" sus bienes cuando la ciudad está en llamas o los bebés muriendo y el saldo medio está maximizado.

Exagero un poco, pero en el hiperrealismo del gobierno de la contabilidad la visión del control social está claramente reemplazada por la planilla de cálculos del management. Lenta pero seguramente, en Gran Bretaña, siguiendo a Norteamérica, vemos el viejo management de los profesionales (doctores, maestros, jóvenes funcionarios de la policía, etc.) reemplazado por personas con MBAs, destreza en el manejo de presupuestos, e **invalorable** experiencia previa en la administración de fábricas, venta de autos usados y manipulación de números en hojas de cálculos. La regulación **intra-familiar, intra-comunitaria e intra-institucional**, tan central para el ^{vie}jo proyecto del control social, es sacrificada a las habilidades **manageriales** rápidamente asimiladas fundamentalmente a la capacidad de "recortar" de acuerdo a los ampliamente desacreditados principios de la economía de mercado, tan necesarios para la reducida sociedad del estado-contador. Y casi por accidente, el poder político de lo que fue "la nueva pequeña burguesía" (frase de Poulantzas), una fracción de clase a menudo crítica y radical cuyos miembros frecuentemente apoyaron la socialdemocracia o el socialismo, ha sido cercenado desde su fuente.

No sólo el control social está desapareciendo frente al mercado y los nuevos mercaderes, sino que la constitución **d** la sociedad misma está siendo reestructurada: la infraestructura está reemplazando a la superestructura en todos sus aspectos. El control social no solamente fue intelectualmente abandonado a su suerte en las miserables calles de la cultura empresarial, sino que está siendo políticamente despojado de sus raíces institucionales. El poder político de su fuerza con-

ductora, la pequeña burguesía liberal, ha sido cortado de raíz y sus partidos políticos están en decadencia.

El control social fue abandonado al mismo tiempo que la social democracia y las políticas de consenso. Una respuesta más realista por parte de la Izquierda de los '70 habría sido un "nuevo idealismo", el cual debería haber enfrentado las críticas a la socialdemocracia y al control social con una nueva visión de la regulación social en el fin del siglo. La ironía es que el "nuevo realismo" fue un idealismo anacrónico. Renovar la vieja visión del control social, y el socialismo, enfrentando algunas terribles debilidades internas y ásperas realidades políticas y financieras significó dejar pasar una oportunidad de **redefinir** la agenda política de los movimientos socialistas y socialdemócratas.

En síntesis, mientras promediamos los '90, nos enfrentamos con un fin de siglo que amenaza con dejarnos nuevamente en el siglo diecinueve con su librecambio, cañoneras, represión y desintegración política, y aún persistimos en hacer la perspectiva más escalofriante todavía, tomando el camino equivocado y evitando mirar al futuro a la cara. Se precisa una visión de la organización social que pueda dar lugar a una nueva visión de la cooperación social. Las conexiones entre visiones de la sociedad y teorías de la regulación social necesitan ser renovadas. Abandonar estas conexiones a un micropragmatismo que se restringe a sí mismo a los parámetros del localismo estrecho y a las políticas de "relevancia" inmediata es renunciar a lo social mismo.

Retorno a las raíces

En su ensayo del *American Journal of Sociology* de 1921, Park planteó la cuestión que tanto preocupaba a Durkheim: "Cómo logra un mero conjunto de individuos actuar de una manera asociada y consistente?" (Park, 1921: 5). Este es el problema que él explícitamente definió como el problema del "control social". El esfuerzo durkheimiano por cultivar la regulación social en una sociedad moralmente desregulada fue reproducido en el pensamiento de Park con el efecto de desarrollar el particular concepto de control social emergente en la sociología americana de los '20, en oposición a las nociones previas, consensualistas, de sociedad unitaria, de W.G. Sumner y Ross (posteriormente sostenida en el trabajo de Pound a finales de los veinte).

Lo que importaba a Park, siguiendo la visión durkheimiana de la modernidad, era que la diferencia esencial entre una sociedad y un conjunto de individuos radicaba en la "acción asociativa" (Park, 1921:19), no en la predisposición. En la modernidad la unidad social no podría estar basada en la imitación o en la "conciencia colectiva", sino que debía estar enraizada en las prácticas unificadas y unificantes de diferentes individuos de una pluralidad de culturas: la clásica problemática del pluralismo liberal del siglo veinte, con todos sus méritos y deficiencias. Es esta problemática la que lógicamente y políticamente generó el moderno concepto y problema del control social. Control social, en el verdadero sentido de la Escuela de Chicago, comporta la participación de públicos diversos e informados en la construcción de asociaciones que son significativas para ellos y que funcionan

para regular las terribles consecuencias del capitalismo desregulado.

Surgió del turbulento "melting pot" de Chicago, no de las abstracciones de los escolares de Harvard: su conversión en una metáfora para reforzar la conformidad en la década del '50 fue una mera utopía conservadora. En esencia, fue un plan práctico para una auténtica participación pública en la creación de comunidades a partir del caos. Emergió triunfante con el ascenso del New Deal de los '30^{os} fue un genuino intento de rescatar el capitalismo de sus contradicciones intrínsecamente destructivas y desintegradoras, tan evidentes en los USA hacia 1932. Las alternativas sostenidas en otros sitios eran el Nacionalsocialismo y el Stalinismo. Desde el principio, como Melossi (1990) correctamente destaca, el control social fue una alternativa al gobierno sin consenso popular y estuvo centrado en torno al auto-control. Una regulación social efectiva debería tener significado para el individuo y elegida por él mismo.

El control social, en sentido estricto, tuvo que aceptar las divisiones multi-culturales, la pobreza y la polarización de las clases sociales como punto de partida, como la difícil materia prima a partir de la cual debía construirse alguna coherencia. La problemática política del siglo veinte, para las sociedades capitalistas autónomas del Norte, ha sido cómo integrar sociedades pluralistas. El control social, e inevitablemente la criminología, han sido fundamentales, intelectual y políticamente, para esta estrategia. Como Park mismo concluye, "desde este punto de vista el control social es el hecho central y el problema central de la sociedad" (1921:20). Nada más, nada menos.

De hecho, Park definió luego a la sociología como un mero "método para in-

investigar los procesos por los cuales los individuos son introducidos e inducidos a cooperar en una suerte de existencia corporativa que llamamos sociedad" (*iba.*). Esta es la exacta significación de la totalidad del campo de la sociología del crimen, de la desviación y del control social. Ha estado, lógica y políticamente, en el corazón de la filosofía del pluralismo liberal, del proyecto de corporativismo y de la teoría de la social democracia en todo el siglo veinte. Desde el punto de vista de los estruendosos años '20 en Chicago es obvio por qué el "control social" parecía tan importante. Sin algún grado de regulación enraizado en una unidad colectiva genuina, sus habitantes se enfrentaban con una guerra civil ilimitada; y, a nivel internacional, sin cooperación ni regulación podría surgir una posterior conflagración mundial. El control social ha sido por lo tanto la matriz conceptual central de la sociología americana durante el siglo veinte (ver **Chunn y Gavigan**, 1988) y como consecuencia ha tenido una enorme influencia en la sociología mundial.

Mead, la inspiración psicológico-social de la escuela de Chicago, arribó a conclusiones muy similares a las de **Durkheim** acerca del derecho y del control social (Mead, 1918). Observó que la fuerza del derecho descansa en nuestro respeto por sus valores simbólicos y no en su aspecto amenazador. El castigo, declaró terminantemente, "preserva una clase criminal" (1918: 583). El derecho, sin embargo, unificó una población en torno a algunos ideales e intereses comunes; aunque el castigo, por sí mismo, no haya hecho nada por rehabilitar al ofensor o erradicar el crimen. "Aparentemente, sin el criminal la cohesión de la sociedad des-

aparecería y los bienes universales de la comunidad se desmoronarían en partículas individuales que se repelerían mutuamente" (*ibid.*, p. 591). Pero, a diferencia de autores posteriores como **Tannenbaum** (1938), Mead no pudo ver que el control del crimen por el derecho podía ser combinado con su regulación a través de la "comprensión de las condiciones sociales y psicológicas" (1918: 592). Los dos enfoques le parecían ser totalmente contradictorios. Finalmente, Mead decidió que el enfoque más maduro era el posterior, un "control social" guiado por objetivos positivos de reconstrucción social, el desarrollo de un "sí mismo" sano dentro del ofensor, y un distanciamiento de la guerra (tanto civil como internacional). Su filosofía era clara: sólo cuando podamos regular nuestras sociedades sin intentar aniquilar a los individuos ofensores sabremos que hemos vencido las raíces de nuestra inseguridad civil y existencial.

El control social fue entonces siempre y desde el comienzo, un proyecto que comporta **reflexividad**, comunicación, discurso democrático, asociaciones significativas, comprensión y participación. Fue también, siempre y desde el principio, un proyecto que asumió la perpetuación del capitalismo, el poder del Estado y la omnipresencia de la heterogeneidad cultural. Nunca asumió la armonía, el consenso y la libertad de elegir: soñó con ellos.

La crítica radical del concepto de control social

Mirando hacia atrás, podemos ver fácilmente cuán injusta fue la crítica del

concepto de control social de los años '60. Esta crítica supuso que su blanco era una perspectiva conservadora, ciega a las enfermedades del capitalismo y que afirmaba que realmente no existía un consenso cultural y moral. Subestimó el intento del proyecto del control social de tratar con el **multi-culturalismo** haciendo constante referencia a las persistentes divisiones de clase, de alguna manera perdiendo de vista que eso era exactamente lo que la sociología americana de fines de los treinta abordó directamente en sus análisis de oportunidades bloqueadas y **anomia** estructuralmente inducida (por ej. **Merton; Shaw y McKay**). La crítica, por este medio, evitó dirigirse al engorroso tema de los peligros de las difundidas ideologías de la movilidad social ascendente y la adquisición universal de bienes -peligros no desconocidos para la subsecuente ideología socialista. La crítica arribó así a una solución al interior de una especie de desenmascaramiento marxista o **anti-elitista** de los poderes establecidos, como si el Marxismo hubiese alguna vez ofrecido un análisis detallado o una solución para el multiculturalismo y como si las viejas estructuras de clase de Europa nunca fuesen a ser transformadas por el desarrollo capitalista hacia algo semejante a las complejas configuraciones norteamericanas.

Las críticas más feroces suponían una revolución obrera que había sido, hace tiempo, descartada de la agenda política, mostraba menos signos aún de ser **revivible** en la Europa post-Tratado de Roma, y había sido destruida en una Europa del Este largamente criticada por el Marxismo más sofisticado como otro estado opresivo más. Inclusive el marxismo igualitario de fines de los '60 y co-

mienzos de los '70 tuvo poco que ofrecer a aquellos que demandaban democratización e igualdad de derechos. El movimiento en favor de "tomarse en serio" los derechos de expresión, la democracia, el **welfare**, las mujeres, y el crimen,¹ que tardíamente se desarrolló a fines de los '70, llegó demasiado tarde. Los socialistas sólo excepcionalmente ofrecieron alternativas serias al concepto de control social hasta la década de los '80, y cuando lo hicieron necesitaron recurrir a ideas políticas de los '30 (véase el trabajo de **Hirst**, 1986).

Ninguna de estas críticas radicales al concepto de control social realmente tomó en cuenta el hecho de que el control social siempre estuvo entendido como una alternativa al gobierno sin el consentimiento popular. En muchos sentidos, el control social **subsume** al control estatal -o bien el estado se torna lo suficientemente atento sociológicamente como para reconocer los límites de la represión legal- y una buena parte de la primitiva sociología del derecho emerge de esta problemática. En cualquiera de los casos, el poder estatal debe ser regulado y guiado por el poder de asociaciones con raíces en la comunidad. Este fue el punto fundamental que evidencia la continuidad con **Durkheim** que el movimiento del control social sostuvo indudablemente. Mediante el rechazo a todos los aspectos del control social ejercido por el Estado como expresión de Estado de clase,

1. N. de T: Se refiere a la polémica de los llamados "Realistas de izquierda" por ejemplo de **Ian Taylor**: "Tomar el crimen seriamente". En *Delito y Sociedad* N° 3 se publicó el artículo de R. **Matthews** y **Jock Young**, "Reflexiones sobre el Realismo Criminológico" y en el N° 4/5 el de **Ian Taylor** "Contra el crimen y por el Socialismo".

el trabajo de **Althusser** como caso extremo, se arrojó al niño con el agua de la bañera. El punto faltante fue que el control social en gran medida era una crítica de la vieja forma de Estado patriarcal y una exaltación de las fuerzas populares y democráticas. Nadie que haya estudiado la historia de los USA desde 1918 hasta 1939 podría obviar este hecho (a este respecto, nuevamente, el libro de **Melossi** es bienvenido). El rechazo del proyecto del control social no fue sólo el rechazo a una crítica del derecho, del estatismo y del autoritarismo, fue también el rechazo a una crítica de las formas patriarcales y muy antidemocráticas del Estado capitalista, aun cuando se tratara de uno liberal. En realidad, fue un rechazo lo que dio un extenso significado al ambiguo término "liberal". Eso *se torna* muy claro cuando escuchamos a **Václav Havel** hablando de "los objetivos en la vida": en contraste con lo que él llama los sistemas "post-totalitarios" de la Europa del Este, *la vida, en esencia, se mueve hacia la pluralidad, diversidad, auto-constitución independiente y auto organización, en suma, hacia una completitud de su propia libertad* (El poder de los sin poder, 1985: 29) Park y Mead habrían estado de acuerdo.

Ahora que estamos en los tiempos brutalmente egoístas de los '90 el énfasis del proyecto del control social sobre el desarrollo comunitario, las asociaciones voluntarias, la participación ciudadana, la información y grupos locales de **welfare**, no resulta tan liberal como parecía ser. Es necesario recordar que el capitalismo parece desarrollarse en ciclos y que lo que luce tímido en un período puede parecer radical en otro. Sin embargo, nada de esto sirve para teorizar acerca de la debilidad en la concepción liberal-

pluralista del control social. Las críticas de los últimos veinte años marcaron diversos puntos relevantes.

El proyecto del control social no distingue entre tipos de formación social o formas de Estado dentro de las sociedades capitalistas. Es una panacea universal. En la sociología **parsoniana** incluso se convirtió en una metáfora para una utopía consensual, algo que sus propulsores liberales en los años '30 ni siquiera imaginaron y menos aún sostuvieron. La receta del control social, entonces, podría tener menos implicancias liberales en algunos contextos sociales o temporales. Por ejemplo, la formación de comités vecinales de vigilancia para comprometerse con o asistir al control del delito no equivale tanto, en los '80, a una extensión de la democracia **participativa** sino casi a una extensión del control estatal bajo un gobierno de "ley y orden".

El énfasis sobre los controles informales en el interior de la comunidad pasa por alto completamente la posibilidad de que éstos puedan ser **desestabilizados**, manipulados o incluso atacados por las instituciones del Estado central. Se asume que el gobierno está a favor del control social informal, una asunción que no guarda relación alguna con la realidad en la Gran Bretaña de Thatcher, por ejemplo. El **tatcherismo** fue y es un proyecto que está decidido a destrozarse el poder de ciertas clases de sistemas informales de regulación social, como el gobierno local. El gobierno central puede ser extraordinariamente selectivo acerca de qué clase de control social informal va a apoyar o tolerar.

Como **Chunn** y **Gavigan** (1988) también observaron, el concepto de control social es muy indiferenciado. Cualquiera

asociación, de acuerdo con el uso propio de los años '60, puede ser vista como una agencia de control social, cualquiera sea su forma, contenido, propósito, **práctica** o lugar dentro del sistema social. Esta característica le otorga una cierta vaguedad y le permite ser usado como un concepto extremadamente amplio (**catch-all**) con poco significado político o ideológico intrínseco. Podría así referirse tanto al intervencionismo de un Estado benefactor liberal en las manos de la **sociología** socialdemócrata o en las manos de la sociología radical, a una forma **totalizante**, si no totalitaria, de represión estatal que invade todos los rincones y grietas de la sociedad. Muy pocos observadores han realizado la aclaración de que las cuestiones claves acerca de cualquier **instancia** considerada como instancia de control social son: 1. qué hay de social en ella misma; 2. a quién control; y 3. con qué propósito.

Demasiado a menudo en la sociología más conservadora y **funcionalista**, como en el trabajo de **Black** (eg. 1978) el control social es simplemente concebido como la dimensión normativa de la vida social que define y censura la desviación. Revisiones y análisis detallados de la historia social americana y de la historia de la sociología de la desviación revelan que, en realidad, el concepto de control social está íntimamente ligado al concepto de desviación (ver **Melossi**, 1990; **Sumner**, 1994). Ahora, dado que el concepto de desviación es profundamente problemático por muchas razones y puede parecer que ha perdido su significado y función históricos (**Sumner**, 1994), el concepto de control social ha perdido su compañero teórico y, por ende, mucho de su sentido. Por ejemplo, está ampliamente

aceptado que la desviación social tiene poca vinculación estable con comportamientos determinados -lo que es censurado varía enormemente con el tiempo, las personas, el contexto y la cultura- y así, está realmente sólo definida como lo que es censurado o controlado socialmente. Control social y desviación social, es su uso corriente, se convierten en dos caras de la misma moneda: se definen mutuamente y no tienen un referente externo. Semejante tautología es inútil.

Sobre todo, el concepto puede ser y fue duramente criticado por su inocencia política e ideológica de asumir que los controles informales o a nivel de la comunidad no se tornarían extensiones ideológicas de la represión estatal existente. Su uso continuado en la sociología **parsoniana** post-1945, de esta manera, sirvió para encubrir la extensión de la intervención estatal en los más profundos intersticios de la vida cotidiana, una cuestión repetidamente señalada dentro de "las políticas de la vida cotidiana" tan populares alrededor de 1968. Ignorando la extensión en la que el control social comunitario, informal, local, es desarrollado por, sancionado por, absorbido por, o simplemente impuesto por el **gobierno** central, los usuarios del concepto de control social perpetraron un mito de la participación popular en aras de restringir el monto de la acción represiva estatal. No sólo fue exagerada la extensión de la **participación** sino que también el propósito fue optimizado. Como demuestran estudios más recientes, una distinción entre instituciones de gobierno centrales y locales, Estado local y central, y el alerta de que la división local-central es a menudo una relación conflictiva históricamente, son mucho más provechosas para análi-



Barcelona Pozo di Gotto, Hospital Psiquiátrico Judicial. Período republicano.

sis de los procesos sociales reales (ver el estudio ejemplar de Vogler, 1990).

Entonces, a pesar de nuestras críticas a la crítica del control social, el concepto y el proyecto que éste inspiró o legitimó, están profundamente agrietados.

Control social, ideología y Estado

Las críticas ya señaladas indican que todo el proyecto del control social, tal como fue originalmente concebido en la sociología liberal americana fue un importante correctivo a las formas de estado patriarcales y represivas de Estado, pero sin embargo constituyó una limita-

da criatura de su época. Ciertamente no se podía imaginar que los años '80 serían testigos del surgimiento de gobiernos de derecha que, paradójicamente, habrían de denunciar retóricamente el estatismo, mientras que en sus prácticas incrementarían el poder del gobierno central sobre las autoridades locales. Tampoco se podía anticipar la actual inclinación de los gobiernos **estatistas** a privatizar toda **industria** o servicio y de esa manera retener el control efectivo sobre la dirección y motivo de tales sectores privatizados. Ambas instancias ilustran el hecho de que el gobierno tiene muchas formas de controlar la organización y los detalles de las prácticas sociales.

Nada de esto pretende pasar por alto el importante rol que el denominado sector voluntario puede jugar en la organización de los proyectos caritativos o de asistencia social, ni tampoco olvidar el poder de la gente para organizar sus propias instituciones locales. Simplemente, enfatiza que la tendencia actual, en parte procedente de la obra de Foucault, que subraya la ubicuidad y fragmentación del poder, y por tanto la autonomía relativa de cada individuo, sólo tiene éxito a expensas de olvidar demasiado. Olvida el monumental poder social que se acumula en las manos del gobierno central y del capital privado. El poder puede ser ubicuo, pero es "más ubicuo" para unos que para otros. El **foucaultianismo**, con respecto a la cuestión del poder, puede ser una irritante ilustración del juego intelectual de clase media de hacer distinciones sin ningún basamento o sentido realista de sus implicancias.

El control social ha sido invalidado intelectualmente por la sociología crítica, y ha sido interpretado concretamente como inaplicable a las actividades del Estado. Si hay algo que era verdaderamente social acerca de la prácticas de control social lideradas por una clase social, dominadas masculinamente, regidas por los blancos, está siendo ahora rematado junto con muchas otras cosas al capital privado (por ej. el sistema de ferrocarril). El control social ha sido privatizado -y es probablemente todavía tan liderado por una clase social, dominado masculinamente y regido por los blancos como siempre lo fue. El resto, raramente ha adquirido algún verdadero status "social" y permanece como agregado de actividades reguladoras de individuos bien alienados o como colección de represiones e interferencias del

Estado central como siempre lo fue. En sociedades donde la alienación, tanto en su sentido objetivo como subjetivo, goza de ubicuidad, el Estado gobierna y los individuos luchan para retener algún control sobre sus vidas, sobre su definición de sí mismos, y sobre su lenguaje. Los "vocabularios de motivo" eran para Milis, en última instancia, expresiones de relatos socialmente legitimados para acciones individuales -o disfraces alienados de la verdad en un mundo donde reinaba la propaganda. Los vocabularios de la contienda son tal vez los únicos donde se ejerce un grado auténtico de control social. La verdad acerca del control social es que fue, y todavía es, una utopía para los excluidos, un mito de **reapropiación** y un antídoto para la alienación.

En este sentido, contrariamente a lo que sostiene Darío Melossi (1990), el Estado no es actualmente el Estado del Control Social, ni tampoco el concepto de Estado es una categoría ideológica, en comparación con un concepto de control social en el que lo no ideológico refleja la multiplicidad de puntos de vista. Más bien, el Estado se ha apropiado de las formas más desarrolladas de control social y, de hecho, está vendiendo ahora muchas de ellas a postores privados. El control social fue así un proyecto dentro de la ideología política liberal que, a la vez, fue apropiado por o debilitado por el estatismo de los ideólogos neo-conservadores de los '80. La proclama de que hemos entrado en la época del "fin de las ideologías" (Bel', 1962) de esta manera revela haber sido tan efímera como siempre la imaginamos. La nueva ideología dominante es que el poder del mercado libre resuelve todos los problemas. El orden social no está, de este modo, más libre de

las construcciones ideológicas de lo que siempre lo estuvo. En realidad, más que nunca, está claro que si hay algún control social, éste pertenece primordialmente al Estado, de un modo u otro. La dialéctica que realmente importa actualmente no es entre el control social y el Estado sino entre el gobierno central y el gobierno local, entre la eficiencia y la democracia, y entre la diminuta minoría que tiene en sus manos el poder social y la gran mayoría que no lo posee. Cada sector o unidad local debe pelear su propio rincón en el pavoroso torbellino de un inhumano mercado libre. Los débiles pierden regularmente, e, irónicamente, las semillas sociales de un nuevo proyecto de "control social" están siendo sembradas.

Recuperando la salud

En el período actual, el error sería mirar atrás, ya sea al mito de la democracia americana o al mito del laborismo socialdemócrata. Los tiempos cambian. La adaptación al nuevo "management", en tanto significa modernizarse o continuar en la persecución de los propios valores sociales en una manera más semejante a la de los negocios, es necesaria, sin regresar a métodos que han pasado su fecha de vencimiento. Como he indicado, el concepto existente de control social ha perdido sus bases fundamentales. Los objetivos **asimilacionistas** de la década del '20, la utopía del sistema social de los '50, y los objetivos de igualitarismo progresivo de la perspectiva del **etiquetamiento** en los '60 han llegado a su fin. La fe en tales visiones se ha marchitado frente a la estridencia y el poder de la nueva derecha conservadora y a la nueva izquierda

desintegrada y nihilista. El futuro, como siempre, descansa en las políticas y en las formas políticas de las secciones no integradas y desaventajadas de la sociedad y del orden económico internacional, y éstas han elegido nuevas rutas, que enfatizan el derecho a ser diferente, las políticas **anti-discriminatorias**, y el derecho a la autodeterminación. El control social no forma parte de sus utopías, a diferencia del auto-control y la auto-determinación. Lo social para ellos es parte de su opresión y, por lo tanto, la misión que le corresponde, en tanto constituye una unidad generalizable, es recobrar lo social y reconstruir el proceso. Este es el futuro que debemos enfrentar en el próximo siglo.

Esencialmente, el abandono de cualquier deseo de hegemonía por parte de la nueva Derecha convirtió a los debates en torno a la asimilación, la **sistematicidad** y la equidad en redundantes o, al menos, en marginales. Con las tácticas del egoísmo despiadado y la "victoria a toda costa" por encima de todo, las políticas de libre mercado han liberado a la Izquierda de la necesidad de comprometerse en la construcción de un consenso. El **instrumentalismo** se ha divorciado de cualquier base moral: la misión de la Izquierda debería ser renovar una visión moral general y conectarla a una estrategia política viable y unificada.

Tentativamente, **me** parece que cualquier renovación de la visión moral progresista debe contener una **concepción sustitutiva** del control social. Aunque parezca poco realista proponer ideas de cooperación social en esta época de individualismo feroz, la tarea resulta necesaria porque el progreso social depende de ella. Sin cooperación y regulación social, el in-

dividualismo sólo puede distribuir sus indudables frutos entre pocos privilegiados; como lo demostraron las turbulentas décadas del '20 y del '80. El delito, en realidad, se transforma en un problema para todos en el capitalismo desregulado. Los Realistas están en lo cierto al decir que debemos tomarlo seriamente, como al problema del orden. El hiper-individualismo lleva a un progresivo menosprecio por las reglas de la conducta civilizada y a explosiones de frustración, angustia y violencia por parte de los desposeídos, excluidos políticamente, desencantados y oprimidos. Este es un principio básico de la sociología.

Pero éste no es tiempo para utopías. Nuestra tarea en el presente es construir una defensa coherente y previsoras (como forma de ataque) basada en principios políticos y morales que puedan no sólo sostener una victoria electoral sino también, más allá de eso, una forma de vida que valga la pena. No es tarea fácil. En primera instancia, me parece claro que en una época de "amoralismo" el primer objetivo debe ser reconstruir nuestra visión moral. El colapso final del stalinismo sólo ha reivindicado nuestra persistente crítica de sus raíces en el dogma político comunista ortodoxo. Este dogma relegaba la moralidad, los derechos y la equidad al paraíso, que debía ser producido por el socialismo científico. Erróneamente, se pensó que eran ajenos a la producción de una vida digna, un lujo que vendría después de la revolución, más que un componente intrínseco de cualquier proceso realmente revolucionario. Como hemos estado diciendo durante décadas, no hay revolución real sin una revolución en la conciencia. El gobierno anti-democrático es exactamente lo mis-

mo, como quiera que elija llamarse, ya sea neoconservadurismo, comunismo, social democracia o feminismo. También por eso es un gobierno antiético, cualquiera sea su aspecto práctico. Me parece que las recientes apelaciones a una nueva ética se encuentran en la dirección correcta -nuestra tarea es darle a estas apelaciones una orientación más precisa en la teoría política y sociológica.

Si los conceptos de control social han tenido siempre sus raíces profundas en los imperativos políticos del momento histórico, entonces los nuestros no deben ser, ni serán, diferentes en este aspecto. Nuestro imperativo político -y es urgente- es reforzar las conexiones que han sido destrozadas por las olas recientes de neoconservadurismo. Nuevas alianzas y organizaciones de fuerzas democráticas deben ser construidas, no sólo para limitar el poder estatal o conseguir victorias electorales, sino -y crucialmente- para responder a las urgentes necesidades populares en el período actual, y para articular la crítica moral inherente en la vivencia subjetiva de esas necesidades. Esto es algo que los partidos social demócratas, y algunos de los nuevos grupos progresistas, particularmente, no han podido hacer. Sus programas estatistas de control social pertenecen a un tiempo pasado, fracasando en la tarea de reflejar completamente la furiosa crítica moral popular al nuevo conservadurismo.

La nueva visión del "control social" debe ser una expresión de la crítica moral popular de las políticas de *laissez-faire*. Debe capturar el *cri de coeur*² esencial que oímos todos los días. Esta visión, por lo

2. N. de T.: en francés y en cursiva en el original.

tanto, no puede ser un simple reflejo de los "usos populares" de **W.G.Sumner** y **Roscoe Pound**, o de la necesidad social de integración proclamada por Park, o de las necesidades **sistémicas** descritas por **Parsons**, o de las demandas de equidad articuladas por la sociología liberal -ni siquiera de la apelación radical a la superación del capitalismo o del patriarcado. Debe volver la búsqueda de la cooperación y la justicia con respecto a las necesidades actuales de públicos difíciles, por más diversas e incómodas que esas necesidades sean para los progresistas. El nuevo "control social" debe, simplemente, ser una expresión de las visiones y deseos de la mayoría cuyas necesidades no son actualmente satisfechas. En este sentido, probablemente, esté bien descrito como la regulación popular del poder -a través de la expresión de la censura popular de su actual forma de ejercicio. Esta forma de "control social" podría ser entendida como una recuperación del sentido común popular que ha sido desbordado por los dogmas partidarios, las anteojeras de los contadores y los dictámenes de los expertos. Se trata de un "control social" que tiende a una recuperación de la democracia. Su vocabulario debe incluir tales términos **com acceso**, medios, audiencias, apertura, información, sentido común, conocimiento práctico, debate libre, no violencia y responsabilidad. Su práctica requiere nuevas formas de instituciones políticas, estrategias de bienestar, bases morales y comunicación de masas.

Tal "control social" no tiene por axioma la palabra asimilación, ni integración, ni limitación, ni revolución, sino la palabra recuperación. Su meta es la reconstrucción del mundo social para que una vez más *se* vuelva verdaderamente social.

Esta meta es también su método. El proceso es más importante que el producto. Lo "social" necesita ser recobrado a manos de los depredadores, oportunistas, matones, soñadores, dictadores, irresponsables y parásitos. Ellos se lo han apropiado. Actualmente está perdido, y por lo tanto todo discurso acerca del "control social" debe ser leído en forma invertida; está en suspenso. El "control social" del que estamos hablando, que ahora necesitamos tanto, no es todavía una entidad social. Existe como resentimientos y furias populares fragmentados. Su recuperación como una entidad social es, por consiguiente, mejor descrita como una recuperación popular o reconstrucción **pre-social**: la recuperación del proceso social.

En otras ocasiones he argumentado que la recuperación del proceso social **demand**a un nuevo concepto de salud para reemplazar los conceptos de delito y desviación. El delito, como categoría, estuvo siempre limitado por la tendencia del control del delito a equipararse a una protección de la propiedad estatal y privada, una tendencia que inevitablemente restringió su valor emancipatorio para la masa del pueblo.

La desviación siempre estuvo limitada por sus raíces en nociones psiquiátricas de anormalidad y creencias políticas acerca de la posibilidad de consenso moral. Ya no nos ayuda a definir qué hay de malo con nuestro mundo. Los crímenes del estado y de los poderosos son tan importantes como aquellos de los débiles y sin poder, y qué es criminal excluye mucho de lo que es socialmente poco saludable, dañino o malo. La normalidad actual es **delictual**, y, de este modo, el delito permanece comprometido como una categoría significativa. Lo que es definido como desviado por las autoridades es, frecuen-

temente, popular, mientras que crímenes y formas de actuar de los poderosos son a menudo popularmente definidos como desviados. La psiquiatría tiene poco que hacer cuando el poder rige sobre las definiciones de moralidad popular. La normalidad actual es desviación y, de esta manera, la desviación ha perdido su inteligibilidad como descriptiva de un tipo de conducta. Lo que necesitamos en estos momentos es una nueva categoría que **provea** la unidad de medida con la cual reconstruir nuestras tablas morales, lo que está bien y lo que está mal, lo aceptable y lo inaceptable, lo apropiado y lo inapropiado. Me parece que esta categoría debe ser una nueva noción de salud moral y social.

Tal categoría de salud debe ser **recapturada** desde los "trascendentales debates de los privilegiados" y de las "misteriosas experiencias de los doctores". Necesita emerger del sentido **común** y de los instintos morales de los públicos excluidos. No necesitamos más proyectos de intelectuales, de vieja o nueva generación, para definir lo que es salud. Lo que sí necesitamos es un debate libre acerca de las múltiples dimensiones de la salud moral y social. No se trata de una demanda de educación para la salud alternativa, sino un llamado a un nuevo debate público sobre lo que exactamente es insalubre en relación a las múltiples cuestiones que han sido o no definidas como crimen y desviación. En la confusión causada por el cinismo, la hipocresía y los dobles discursos de los '80, muchas personas ya no tienen ningún sentido de certeza acerca de lo que es

malo o insalubre, o en qué contexto. Ningún mundo social puede saludablemente existir por mucho tiempo en semejante vacío nihilista.

Como todos los defensores del control social han argüido, debe haber alguna **ligazón** moral entre lo individual y lo social, algún lazo que valide e inspire la participación; de otra manera, el compromiso con el aspecto social de la vida declina. Esto es lo que está ocurriendo ahora -existe una clara decadencia del control social que aflora natural y voluntariamente cuando los individuos se sienten constreñidos a un orden, institución o proceso social. La destrucción o ausencia de un verdadero proceso social lleva a una decadencia del control social. Es una profecía **autocumplida**. Los neoconservadores no pueden quejarse del aumento del crimen cuando han hecho tanto por destruir los lazos sociales que desalentaban a la gente de cometerlo. Ellos son los verdaderos responsables de la decadencia del control social y es nuestra tarea, irónicamente, comenzar la búsqueda de nuevas formas **diligazón** social que puedan comenzar a detener la marea de la desvinculación de cualquier compromiso social. La sociología de la desviación y el control social debe por lo tanto ser reemplazada por una sociología de la salud moral, la censura social y la recuperación social. Semejante nueva forma de "control social" debe renovar los lazos sociales voluntarios favoreciendo la crítica popular. Su sociología **concomitante**, por ende, debe **focalizarse** en la crítica moral contenida en el sentido común popular.

Referencias

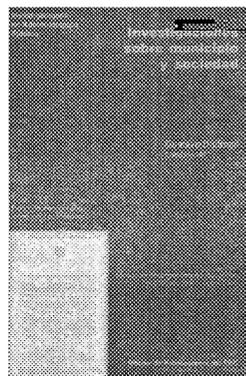
- Bell, D.: *The End of Ideology*, New York, Free Press, 1962.
- Black, D. J.: "The boundaries of legal sociology". In C.E. Reardon R.M. Rich (Eds), *The Sociology of Law*, Toronto, Butterworths, 1978.
- Chunn, D. E. and Gavigan, S. A. M.: "Social control: analytic tool or analytic quagmire?", *Contemporary Crises*, 1988, 12, pp. 107-124.
- Cohen, S.: *Against Criminology*, New Brunswick, Transaction, 1988.
- Hirst, P. Q.: *Law, Socialism and Democracy*, London, Allen & Unwin, 1986.
- Mead, G. H.: "The Psychology of punitive justice". *American Journal of Sociology*, 1918, 23 (5), pp. 577-602.
- Melossi, D.: *The State of Social Control: A Sociological Study of Concepts of State and Social Control in the Making of Democracy*, Cambridge, Polity, 1990.
- Park, R. E.: "Sociology and the social sciences: The social organism and the collective mind". *American Journal of Sociology*, 1921, 27 (1), pp. 1-21.
- Smart, C.: "Feminist approaches to criminology or postmodern woman meets atavistic man". In: Gelsthorpe, L. and Morris, A. (Ed). *Feminist Perspectives in Criminology*, Milton Keynes, Open University Press, 1990.
- Sumner, C. S.: *The Sociology of Deviance: an Obituary*, Buckingham, Open University Press, 1994 forthcoming.
- Tannembaum, F.: *Crime and the Community*, New York, Columbia University Press, 1938.
- Vogler, R.: *Reading the Riot Act: The Magistracy, The Police and the Army in Civil Disorder*, Milton Keynes, Open University Press, 1991.

Oficina de Publicaciones del CBC

Universidad de Buenos Aires

Novedades editoriales

Investigaciones sobre
municipio y sociedad
Compilador: Gustavo **Blutman**



El discurso de Foucault: Estado, locura
y anormalidad en la construcción del
individuo moderno

Autor: Susana Murillo



Ciudad Universitaria
Pabellón 3 - P. B.
Buenos Aires
República Argentina.

Tel: 780-1546

Fax: 786-5601

Colección
Nietzsche actual
e inactual
Compiladores:
Mónica **Cragolini** y
Gregorio **Kaminsky**

